

mero habían ocurrido al campamento formado prontamente en la playa, comprendieron bien que los recién llegados eran enemigos de los que antes habían venido. También determinó Narvaez, aunque contra los consejos del español que citaba el ejemplo de Cortés, establecer una colonia en este estéril sitio, é hizo los preparativos necesarios para organizar la municipalidad. Informóse por el soldado de la existencia de la inmediata colonia en la Villa Rica, mandada por Sandoval, y compuesta de unos pocos inválidos, quienes le aseguró se rendirían á la primera intimación. Sin embargo, en lugar de marchar contra esta colonia, envió una embajada pacífica, para manifestar sus poderes y exigir obediencia de la guarnición (18).

Estos pasos desagradaron mucho á Ayllon, quien veía que ellos debían conducir á un choque inevitable con Cortés; pero en vano lo manifestó á Narvaez, y aun le amenazó con comunicar sus procedimientos al gobierno. Enfadado aquel jefe de su continua oposición y ásperas reconvenções, determinó deshacerse de un compañero que obraba como un espía de todos sus movimientos. Mandó apresarle y le envió á Cuba. El licenciado tuvo la habilidad de persuadir al capitán del buque á que cambiara destino, y se dirigiera á Santo Domingo. Cuando llegó allí formó la real audiencia una relación exacta de los manejos de Narvaez, pintando con los mas vivos colores la desleal conducta del gobernador y su teniente, y fué enviada á España (19).

Entre tanto no había dejado Sandoval de observar los movimientos de Narvaez. Desde su primera aparición en la costa, aquel astuto oficial, desconfiado del objeto de la armada, lo había vigilado constantemente. Tan pronto como el comandante de Villa Rica supo el desembarco de los españoles, mandó á sus soldados inválidos á un lugar seguro de las inmediaciones. Después puso la plaza en el mejor estado de defensa, y se preparó á sostenerla hasta el último trance. Sus soldados prometieron no abandonarle y con el objeto de fortalecer la resolución de cualquiera que pudiera faltarle, mandó levantar una horea en un lugar visible de la ciudad; pero no se puso á prueba la constancia de sus súbditos.

Los únicos invasores de la Villa fueron un eclesiástico, un notario, y otros cuatro españoles escogidos por Narvaez para la misión de que ya se ha hablado. El nombre del primero era Guevara. Al llegar á la presencia de Sandoval le dirigió un estudiado discurso, en el que pomposamente enumeró los servicios y derechos de Velazquez, acusó á Cortés y á sus adictos de rebelión, y exigió de Sandoval prestase sumisión como súbdito leal á la autoridad nuevamente es-

(18) „Relacion del Lic. Ayllon, MS.—Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.

(19) Esta representación se halla entre los MSS. del señor Vargas Ponce que se conservan en el archivo de la real academia de la historia. Contiene ciento diez páginas y se titula: „El proceso y pesquisa hecha por la real audiencia de la Española é tierra nuevamente descubierta. Para el consejo de su majestad.”

tablecida de Narvaez. Irritóse tanto el comandante de la Villa Rica, con este modo de hablar tan ofensivo á sus compañeros de armas, que aseguró al reverendo enviado, que solo el respeto á sus hábitos podían libertarle del castigo que merecía. Guevara entonces se manifestó incómodo á su vez, y llamó al notario para que leyera la intimación; pero se interpuso Sandoval prometiendo á aquel funcionario que si intentaba hacerlo, sin manifestar primero el título que tenía de la corona, sería fuertemente azotado. Con esto perdió Guevara todo dominio de sí mismo, y pateando repitió sus órdenes en un tono mas preciso que antes. Sandoval no era hombre de muchas palabras. Solamente contestó que el instrumento sería leído al mismo general en Méjico, y al propio tiempo previno á sus soldados procuraran algunos fuertes *tamanes* ó cargadores indios, en cuyas espaldas fueron colocados el desgraciado sacerdote y sus compañeros, como otros tantos fardos de mercancías. Púsoseles bajo la custodia de veinte españoles, y toda la caravana emprendió su marcha para la capital. Caminaron día y noche, deteniéndose únicamente para proporcionarse nuevos cargadores; y al pasar por ciudades populosas, selvas, y campos cultivados, que desaparecían tan pronto como se presentaban á su vista, quedaron admirados los españoles de lo extraordinario de la escena, así como del nuevo modo de viajar, pudiendo apenas distinguir si se hallaban despiertos ó soñando. De esta manera al fin del cuarto día llegaron al lago de Tezcuco, y avistaron la capital azteca (20).

Sus habitantes sabían ya la llegada á la costa de los nuevos hombres blancos. Luego que desembarcaron se comunicó á Montezuma, quien se dice, aunque parece improbable, que lo había ocultado algunos días á Cortés (21). Al fin invitándole á una entrevista, díjole, que ya no se le presentaba ningún obstáculo para dejar el país, pues una flota estaba pronta para recibirle. A las preguntas del admirado general, contestó Montezuma enseñándole un mapa geroglífico que se le había enviado de la costa, en el cual los buques, los españoles y todo su equipo, estaban escrupulosamente descifrados. Conteniendo Cortés toda otra emoción que no fuera la del placer, exclamó: „bendito sea el Redentor por sus bondades.” Cuando volvió á sus cuarteles recibieron las tropas la noticia con vivas, salva de artillería y otras demostraciones de júbilo. Consideraban á los recién venidos como un refuerzo mandado de España. No así su comandante. Desde el principio creyó que venían enviados por su enemigo el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas á sus oficiales, y de estos pasaron á los soldados. Pronto se extinguió el exceso del gozo, y temores alarmantes se sucedieron cuando consideraron la probabilidad de sus sospechas, y

(20) „E iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes, que les traían de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dice que iban pensando si era encantamiento, ó sueño.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 111.—Demanda de Zavallos, MS.

(21) „Ya había tres días que lo sabía el Montezuma, y Cortés no sabía cosa ninguna.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 110.

la fuerza de los invasores. Sin embargo no los abandonó su constancia, y se comprometieron á permanecer fieles á su causa, y á no abandonar á su jefe viniera lo que viniese. Esta fué una de las ocasiones en que se probó la grande influencia que ejercia Cortés en estos rudos aventureros. Todas las dudas se disiparon con la llegada de los prisioneros de Villa Rica.

Uno de los del convoy, dejando á este en los suburbios, entró en la ciudad, y puso en manos del general una carta en que le daba cuenta Sandoval de todo lo ocurrido. Inmediatamente mandó Cortés que se pusieran libres á los prisioneros, y se les proporcionaran caballos para hacer su entrada en la capital; modo mas honroso de viajar que las espaldas de los *tamanes*. Cuando llegaron recibíolos con una señalada cortesía: excusóse por la dura conducta de sus oficiales, y parecia que con las mas esmeradas atenciones deseaba borrar de su mente todo lo pasado. Mostró todavia mas su benevolencia prodigando presentes á Guevara y á sus compañeros, hasta que gradualmente consiguió hacer en ellos tal cambio, que de enemigos los convirtió en amigos, y supo muchos pormenores importantes, no solo con respecto á los designios de su jefe, sino á las disposiciones en que estaba el ejército. Los soldados en general, dijeron, que lejos de desear un rompimiento con los de Cortés, gustosamente se unirían á ellos si no fuera por su comandante. Ellos no tenían resentimientos que satisfacer; su objeto era el oro; la influencia personal de Narvaez no era grande, y su arrogancia y carácter ruin le habia ya enagenado las voluntades de sus súbditos. No dejó de aprovecharse el general de estas noticias.

Dirigió una carta á su rival en los términos mas conciliatorios. Suplicábale no hiciese pública su animosidad, y encendiendo el espíritu de insubordinación en los nativos, desbaratase lo que estaba ya tan adelantado. Un choque violento debia ser perjudicial aun para el mismo vencedor, y podia ser fatal á ambos. Solo unidos podian esperar buen resultado. Estaba pronto á asociarse con Narvaez, como con un compañero de armas, á dividir con él los frutos de la conquista, y si acreditaba que su comision dimanaba de la corona, á someterse á su autoridad. Bien sabia Cortés que no podia probar tal cosa (22).

Poco despues de la partida de Guevara y sus camaradas (23), determinó Cortés mandar un enviado especial de su parte, siendo la persona elegida para este delicado encargo el padre Olmedo, que en toda la campaña habia mostrado un juicio y talento para los negocios, no fácil de encontrar siempre en las personas de su estado. Llevó otra carta para Narvaez, concebida en los mismos términos que la anterior. Tambien escribió Cortés al licenciado Ayllon, cuya partida ignoraba, y á Andres de Duero, antiguo secretario de Velazquez y amigo de Cortés, que habia venido en la flota: encargó á Olmedo conversara privadamente con

(22) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, pp. 117 y 120.

(23) „Nuestro comandante les dijo tantas palabras bondadosas,” dice Diaz, “y les ungió las manos tan abundantemente con oro, que aunque vinieron como leones rugientes, volvieron completamente mansos.” Hist. de la conquista, cap. 111.

estas dos personas, así como con los principales oficiales y soldados, é infundiera en ellos hasta donde fuera posible un espíritu de avenimiento. Para dar mas fuerza á sus argumentos, iba provisto de una buena cantidad de oro.

Entre tanto habia abandonado Narvaez su primer designio de plantar una colonia en la playa del mar, y habia atravesado el pais hasta Cempoala, donde estableció sus cuarteles. Allí se hallaba cuando volvió Guevara y le entregó la carta de Cortés.

Leyóla Narvaez con desprecio, el cual se cambió en un amargo disgusto, cuando el enviado le manifestó los recursos y formidable carácter de su rival, aconsejándole aceptara sus ofertas de amistad. Efecto diferente produjo esto en las tropas, que escuchaban con admiracion las noticias que daban de Cortés; de sus francas y liberales maneras, las cuales involuntariamente comparaban con las de su comandante: de la riqueza de su campo donde el mas humilde soldado podia aventurar en el juego una barra ó cadena de oro, donde todo manifestaba la abundancia, y donde la vida del soldado parecia ser la de un continuado placer. Guevara solo habia visto el lado brillante de la pintura.

La impresion que hicieron estas noticias fué confirmada con la presencia del padre Olmedo. Este eclesiástico entregó sus cartas á Narvaez, quien rápidamente leyó su contenido con una ira, que se desató en las invectivas mas oprobiosas contra su rival, á la vez que uno de sus capitanes llamado Salvatierra, públicamente manifestó su intencion de cortar las orejas del rebelde, y sazonzarlas para su almuerzo (24). Tan terribles amenazas no acobardaron al valiente religioso, que pronto entabló comunicacion con muchos de los oficiales y soldados, á quienes encontró mas inclinados á un acomodamiento. Su elocuencia insinuante acompañada de liberales presentes, se hizo gradualmente lugar en el corazon de aquellos, y se formó un partido á presencia misma del jefe, mas afecto á los intereses de su rival que á los suyos.

No pudo dirigirse la intriga tan secretamente, que eludiera las sospechas de Narvaez, quien hubiera arrestado al padre Olmedo y reduciéndole á prision, si no hubiera sido por la interposicion de Duero. Puso término á sus maquinaciones haciéndole regresar á Méjico; pero ya habia dejado sembrado el veneno para que produjera sus efectos.

Narvaez manifestó el mismo designio que cuando desembarcó, de marchar contra Cortés y aprehenderle como traidor. Con admiracion supieron los Cempoaltecas que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas de los primeros eran enemigos suyos. Tambien hizo publicar Narvaez su intencion de librar á Montezuma del cautiverio, y reinstalarle en el trono de sus mayores. Dícese que recibió un rico presente del emperador azteca, y que ademas entabló con él correspondencia (25). Que le hubiera tratado Montezuma con su acostumbrada

(24) Ibid., cap. 112.

(25) Ibid., cap. 111.

Oviedo dice que Montezuma convocó un consejo de sus nobles, en el cual se deci-

munificencia suponiendo ser amigo de Cortés, es muy probable; pero que hubiera entablado con él una comunicacion secreta, hostil á los intereses del general, es demasiado repugnante al resto de su conducta para que pueda creerse.

Estos hechos no se escaparon á la perspicaz vigilancia de Sandoval. Súpolos, unos por los desertores que se refugiaban en la Villa Rica, y otros por sus agentes, que disfrazados de nativos se mezclaban en el campo enemigo. Envió una noticia completa de ellos á Cortés: instruyóle del progreso de la defeccion de los indios; y le instó á tomar medidas activas para la defensa de Villa Rica, si no queria verla caer en manos del enemigo. Conoció el general que era ya tiempo de obrar.

Pero la eleccion del partido que debia seguir era en extremo embarazosa. Si permanecia en Méjico y esperaba allí el ataque de su rival, era darle tiempo para reunir todas las fuerzas del imperio, incluyendo las de la misma capital, que sin duda gustosamente servirian bajo las banderas de un gefe que ofrecia libertar á su señor. La desigualdad era demasiado grande para aventurarse.

Si marchaba contra Narvaez, ó tenia que abandonar la ciudad y el imperio, fruto de todos sus trabajos y triunfos, ó dejando una guarnicion que la conservase sujeta, tenia que disminuir sus fuerzas ya demasiado débiles para contrastar á las de su adversario. Decidióse por este último extremo, confiando tal vez menos en un encuentro de armas que en su influencia personal y prévias intrigas para conseguir un arreglo amistoso; para uno y otro resultado se preparó.

Hase dicho en el capítulo anterior, que fué enviado Velazquez de Leon con ciento cincuenta hombres á establecer una colonia en uno de los grandes rios que desembocan en el golfo de Méjico. Luego que supo Cortés la llegada de Narvaez, despachó á este oficial un mensajero para que le instruyese de lo acontecido, y le previniera suspendiese sus trabajos; pero Velazquez ya habia recibido noticia de ello por el mismo Narvaez, quien en una carta que le escribió poco despues de su desembarco, lo conjuraba en nombre de su pariente el gobernador de Cuba, á abandonar las banderas de Cortés y unirse á las suyas. Sin embargo, aquel oficial hacia mucho tiempo que habia olvidado el resentimiento que una vez abrigó contra su general, á quien era ya sinceramente adicto, y quien le habia honrado en toda la campaña con singulares pruebas de consideracion. Cortés habia conocido oportunamente la importancia de asegurarse de este gefe. Sin esperar órdenes abandonó Velazquez su expedicion, y comenzaba á contramarchar á la capital, cuando recibió la prevencion del general de esperarle en Cholula.

dió, dejar entrar las tropas de Narvaez á la capital, y destruirlas de un golpe, lo mismo que las de Cortés. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Considerando el respeto con que solo las últimas eran miradas por los mejicanos, se viene en conocimiento de que no podia idearse una anécdota mas improbable; pero nada lo es para la historia, aunque segun la máxima de Boileau, pudiera decirse para la ficcion.

Habia tambien enviado Cortés á la distante provincia de Chinantla, situada al sudeste de Cholula, por un refuerzo de dos mil nativos. Pertenecian á una valerosa nacion enemiga de los mejicanos, y que le habia ofrecido sus servicios despues de que residia en la metrópoli. Usaban en campaña una gran lanza, ciertamente mayor que la que gastaban los españoles ó la infantería alemana. Mandó Cortés que le hicieran trescientas de dos puntas, y que estas no fueran de itzli, (a) sino de cobre. Con tan formidable arma se proponia vencer la caballería enemiga.

En su ausencia, confió el mando de la guarnicion á Pedro de Alvarado, el *Tonatiuh* de los mejicanos, oficial que poseia cualidades muy brillantes, un intrépido aunque algo arrogante espíritu, y que era su muy fiel amigo. Encargóle la prudencia y dulzura. Debía vigilar mucho á Montezuma, pues en la posesion de su persona, descansaba toda la autoridad que ejercian en el pais. Debía mostrarle la deferencia debida á su alto rango, y que demandaba la política. Había de tributar constante respeto á los usos y preocupaciones del pueblo, recordando que aunque su pequeña fuerza seria bastante para vencerlos en tiempo de paz, una vez sublevados, seria aquella dispersada como la paja por el torbellino.

Exigió tambien de Montezuma la promesa de mantener con su teniente las mismas relaciones amistosas que habia conservado con él. Esto, dijo Cortés, seria muy grato á su amo el soberano español. Si el príncipe Azteca obraba de otra manera y se comprometia en algun movimiento hostil, debía convencerse de que él seria la primera víctima que habia de inmolarse.

Aseguró Montezuma al general que continuaria su buena amistad; y sin embargo estaba lleno de dudas con los recientes acontecimientos. ¿Eran los españoles que estaban en su corte, ó los que últimamente habian desembarcado, los verdaderos representantes de su soberano? Cortés habia guardado reserva sobre este punto. Díjole entonces que los últimos eran sus compatriotas, pero traidores á su rey. Como tales, era su penoso deber marchar contra ellos, y cuando hubiera castigado su rebelion, antes de dejar el pais volveria en triunfo á la capital. Ofreció Montezuma ayudarle con cinco mil guerreros aztecas; mas lo rehusó el general, no queriendo embarazarse con auxiliares en quienes no tenia mucha confianza, y que acaso le eran desafectos.

Dejó en la guarnicion puesta al mando de Alvarado ciento cincuenta hombres, dos tercios de toda su fuerza (26). Con estos quedó toda la artillería, la mayor

(a) Obsidiana ó vidrio volcánico de que hacian sus armas los indios, y de que hay tantos en el museo.

(26) En la edicion mejicana de las cartas de Cortés, dícese, que se componia de quinientos hombres; (Rel. seg., en Lorenzana, p. 122;) pero este número era mayor que el de toda su fuerza española. En la version de Ramusio de esta carta impresa el año de 1565, se refiere el mismo número que en el texto. (Navigationi et Viaggi, fol. 244.) En el instrumento sin fecha que se halla en mi poder, el cual contiene las

parte del pequeño escuadrón de caballería, y los mas de los arcabuceros. Solo llevó con él setenta soldados; pero eran de los mas bizarros del ejército, y sus mas firmes adictos. Iban ligeramente armados, y embarazados con el menos bagaje posible. Todo dependía de la celeridad de los movimientos.

Montezuma en su real litera llevada por los nobles, y escoltado por toda la infantería española, acompañó al general hasta la calzada. Allí abrazándose de la manera mas cordial, se separaron con muestras exteriores de mútuo sentimiento. Era cerca de mediados de mayo de mil quinientos veinte, mas de seis meses despues de la entrada de los españoles en Méjico. En este tiempo habian dominado el país con absoluto imperio, é iban entonces á dejar la ciudad con aparato hostil no contra enemigos indios, sino contra sus compatriotas. Era el principio de una larga carrera de calamidad, alternada con parciales triunfos que debian recorrer antes de que pudiera completarse la conquista (27).

relaciones juradas de ciertos testigos en cuanto al manejo del real quinto por Cortés, se dice que se dejaron en la capital al mando de Alvarado, ciento cincuenta soldados. (Probanza fecha en la nueva España del mar océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde, en nombre de Hernando Cortés, MS.) El cálculo de la edicion mejicana, es incuestionablemente errado.

(27) Carta de la Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta sin data, se escribió probablemente en 1520.—Véase tambien para el contenido de las páginas anteriores, la probanza fecha á pedimento de Juan Ochoa, MS.,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 9, cap. 1, y 21; lib. 10, cap. 1,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 119 y 120,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 112—115,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

CAPITULO VII.

BAJA CORTES A LA COSTA.—NEGOCIA CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ASALTADO POR LA NOCHE.—NARVAEZ DERROTADO.

1520.

Caminando la pequeña division por la calzada del sur por la cual habia entrado á la capital, continuó luego su marcha por el hermoso valle. Atravesó la cadena de montañas que la naturaleza habia tan ineficazmente extendido alrededor de él: pasó por entre los elevados volcanes, semejantes á dos desleales guardias que han dormidose en su puesto: atravesó los intrincados desfiladeros donde antes habia experimentado tan frio y tempestuoso tiempo; y saliendo al otro lado, bajó por la falda occidental donde comienza á extenderse la fértil llanura de Cholula. Poco caso hacian los soldados de lo que veian en su rápida marcha, y de si el tiempo era caluroso ó frio. La ansiedad de su espíritu los hacia indiferentes á los males exteriores; y afortunadamente no tenian que temer ningunos por parte de los nativos, pues el nombre de español tenia un efecto mágico; era mejor defensa para el que lo llevaba que la celada ó el escudo.

En Cholula tuvo Cortés la inexplicable satisfaccion de encontrar á Velazquez de Leon, con los ciento veinte soldados confiados á su mando para la formacion de la colonia. Este valiente oficial habia estado algun tiempo en aquella ciudad esperando la llegada del general. Si no hubiera venido se habria desgraciado la empresa de Cortés (1). La idea de resistir con solo un puñado de hombres, hubiera sido quimérica. Con la fuerza de Velazquez se habia triplicado su tropa, y adquirió una confianza proporcionada al aumento.

Abrazando cordialmente á sus compañeros de armas, ligados entonces mas estrechamente que nunca por la proximidad de un peligro comun, las tropas unidas atravesaron con paso apresurado las calles de la sagrada ciudad, donde multitud de ruinas y escombros anunciaban todavia la desastrosa visita que le habian hecho el verano anterior. Siguiéron el camino real de Tlascala, y no muchas leguas distante de esta capital, encontraron al padre Olmedo y á sus compa-

(1) Así lo dice Oviedo y con verdad: „Si aquel capitan Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diego Velazquez, é se pasara con los 150 hombres, que habia llevado á Guazacalco, á la parte de Pánfilo Narvaez su cuñado, acabado hubiera Cortés su oficio.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12